

*Thomas Piketty*

## **Redistribuir la riqueza para salvar el Planeta**

*Blog del autor, 8 de noviembre de 2022.*

Digámoslo sin rodeos: es imposible combatir seriamente el calentamiento global sin una profunda redistribución de la riqueza, tanto dentro de los países como internacionalmente. Los que afirman lo contrario le están mintiendo al mundo. Y también mienten quienes afirman que la redistribución es ciertamente deseable, favorable, etc., pero lamentablemente técnica o políticamente imposible. Estarían mejor defendiendo lo que creen (si todavía creen en algo) en lugar de perderse en una postura conservadora.

La victoria de Lula sobre el campo de la agroindustria ciertamente da alguna esperanza. Pero no debería oscurecer el hecho de que tantos votantes siguen siendo escépticos de la izquierda socioecológica y prefieren confiar en la derecha nacionalista y antiinmigrante, tanto en el Sur como en el Norte, como lo han demostrado las elecciones en Suecia e Italia. Por una sencilla razón: sin una transformación fundamental del sistema económico y la distribución de la riqueza, el programa socioecológico corre el riesgo de volverse contra las clases media y trabajadora. La buena noticia (por así decirlo) es que la riqueza está tan concentrada en la parte superior que es posible mejorar las condiciones de vida de la gran mayoría de la población mientras se combate el cambio climático, siempre que nos demos los medios para una redistribución ambiciosa. En otras palabras, naturalmente, todos tendrán que cambiar profundamente su estilo de vida, pero el hecho es que es posible compensar a las clases trabajadoras y medias por estos cambios, tanto financieramente como dando acceso a bienes y servicios que consumen menos energía y son más compatibles con el medio ambiente. supervivencia del planeta (educación, salud, vivienda, transporte, etc.). Esto requiere una reducción drástica del nivel de riqueza e ingresos de los más ricos, y es la única forma de construir mayorías políticas para salvar el planeta.

Los hechos y las cifras son obstinados. Los multimillonarios del mundo han continuado su ascenso estratosférico desde la crisis de 2008 y durante el Covid y han alcanzado niveles sin precedentes. Como ha mostrado el [Global Inequality Report 2022](#), el 0,1 % más rico de la población mundial posee ahora unos 80 billones de euros en activos financieros e inmobiliarios, o más del 19 % de la riqueza mundial (equivalente a un año del PIB mundial). La participación de la riqueza mundial en manos del 10% más rico representa el 77% del total, en comparación con solo el 2% para el 50% más pobre. En Europa, que a las élites económicas les gusta presentar como un remanso de igualdad, la participación del 10% más rico es del 61% de la riqueza total, frente al 4% del 50% más pobre.

En Francia, solo las 500 personas más ricas han aumentado entre 2010 y 2022 de 200 mil millones a 1 billón, es decir, del 10 % del PIB a casi el 50 % del PIB (es decir, el doble que el 50 % más pobre). Según los datos disponibles, el impuesto sobre la renta total pagado por estos 500 individuos ricos durante este período equivalía a menos del 5% de este enriquecimiento de 800 mil millones. Esto es consistente con las declaraciones de impuestos de los multimillonarios estadounidenses reveladas el año pasado por ProPublica, que muestran una tasa impositiva promedio en el mismo rango. Al instituir un impuesto único del 50% sobre este enriquecimiento, que no sería excesivo en un momento en que los pequeños ahorros ganados con esfuerzo están pagando un impuesto inflacionario del 10% anual, el gobierno francés podría recaudar

400 mil millones de euros. Uno puede imaginar otras fórmulas, pero el caso es que las cantidades son vertiginosas: aquellos que afirman que no hay nada sustancial que recuperar de esto simplemente no pueden contar. Para que conste, el Gobierno acaba de vetar esta semana una decisión de la Asamblea Nacional de aumentar la inversión en la renovación térmica de los edificios (12.000 millones de euros) y en las redes ferroviarias (3.000 millones), explicando que no podíamos permitirnos semejante generosidad. Esto plantea la pregunta: ¿el gobierno sabe contar o antepone los intereses de una pequeña clase a los del planeta y de la población, que necesita urgentemente viviendas renovadas y trenes que lleguen a tiempo? explicando que no podíamos permitirnos tanta generosidad.

Más allá de esta fiscalidad excepcional de las 500 mayores fortunas, obviamente es todo el sistema fiscal el que necesita ser revisado, en Francia como en todos los países del mundo. Durante el siglo XX, el impuesto progresivo sobre la renta fue un gran éxito histórico. Las tasas impositivas del 80-90% aplicadas a los ingresos más altos bajo Roosevelt y durante medio siglo (81% en promedio de 1930 a 1980) coincidieron con el período de máxima prosperidad, innovación y crecimiento en los EE. UU. Por una sencilla razón: la prosperidad depende ante todo de la educación (y EE. UU. estaba muy por delante del mundo en ese momento) y no tiene necesidad de una desigualdad estratosférica. En el siglo XXI, debemos extender este legado a un impuesto progresivo sobre el patrimonio, con tasas del 80-90 % para los multimillonarios, y colocar el 10 % superior de la riqueza en las listas de impuestos. Sobre todo, una parte sustancial de los ingresos de los más ricos debería pagarse directamente a los países más pobres, en proporción a su población y su exposición al cambio climático. Los países del Sur ya no pueden esperar cada año a que el Norte diseñe para cumplir con sus compromisos. Es hora de pensar en el mundo en construcción, o será una pesadilla.